

tes, cuyo menosprecio pudiera causar equivocaciones y aun errores de trascendencia en todos los fallos de la crítica.

I.

Primera: el fin de cada establecimiento debe correr siempre por la línea comun de la felicidad, á que así el individuo como todo el género humano, son llamados por su naturaleza, sus elementos y sus destinos.

Segunda: siendo la felicidad la expresion mas genérica de todos los resultados de cuanto el hombre y la sociedad producen, conservan y preparan en la línea del bien, á ninguna institución incumbe el realizarla toda, si bien debe contribuir á ella en los límites de su objeto.

Tercera: la bondad de una cosa no es un título bastante para su adopción, sino que es necesario además, que sea natural y oportuna.

De lo primero resulta, que la felicidad comun en un centro de unidad para todos los establecimientos públicos. Mas á pesar de esta unidad genérica y universal, admiramos en todo aquella diversidad prodigiosa que por sus respectivos objetos guardan entre sí todas las cosas que van por último á concurrir en este punto de reunion. Pasad la vista, señores, por esa muchedumbre de ramos que el entendimiento cultiva, que la imaginación ensancha y que la voluntad adopta: examinad la agricultura, las artes, el comercio: observad los inmensos reservatorios del cálculo, las nobles tareas del metafísico, las indagaciones minuciosas y diversas del naturalista, las combinaciones exquisitas del político, las producciones vehementes del orador, las bellas y sublimes inspiraciones del poeta. ¡Qué multitud tan imponente de ramos! ¡qué diversidad tan prodigiosa de objetos! ¡qué sistema tan vário

de procedimientos y de ideas! Sin embargo, ¡qué concordia tan feliz en el blanco á donde todo se dirige! ¡qué armonía tan perfecta en todos los resultados! Proscrito está de la estimación pública cuanto no puede acelerar el progreso de la sociedad á su perfección, y excluido de la idea de perfecto cuanto no puede contribuir á mejorar esencialmente la condición de la especie humana.

Peró qué, ¿el bien de la sociedad, la felicidad comun corren exclusivamente á cargo de un individuo, de una clase, de una institución determinada? No, señores, y esta es una deducción neta de la segunda verdad que dejamos establecida. La idea de proscribir como incompleto lo que no comprende cuanto se desea, es igualmente falsa que caprichosa: no es nueva en el mundo, pero ha venido á ser mas comun, desde que se ha buscado el número mas bien que la perfección y profundidad de los ramos que se cultivan. Si un solo *fiat*, expresion augusta de la voluntad omnipotente, bastó al Ser Supremo para sacar de la nada la existencia y la felicidad del hombre, este se conduce de otra suerte, y el mas estrecho de los vínculos que le unen en sociedad, es el maravilloso y antiguo contraste que hoy, como en todos los siglos, ofrecen á nuestra instrucción y desengaño los resultados mezquinos del poder individual y las producciones colosales del poder combinado. Los hombres se estrechan á medida que reconocen su impotencia, y se aíslan en proporción que el orgullo les presenta mas reducido el círculo de sus necesidades individuales. De este modo la razón y la experiencia nos enseñan, que la obra de la felicidad pública debe ser el blanco que reuna todos los establecimientos, todas las profesiones, todos los ramos de cultivo con que brindan al entendimiento las ciencias

y las artes; pero que este bien general que ella comprende, no es, en resumen, sino la útil agregacion de muchos bienes parciales y diversos, que va colocando á su turno cada uno de los establecimientos de que se trata. Un establecimiento universal, que sometiese á su inspeccion cuanto puede atraer el espíritu y mover la voluntad, presentaria sin duda, señores, uno de los mas bellos espectáculos que pudiera buscar la fantasía en el mundo de las ideas. ¡Qué de esfuerzos no han hecho las naciones mas célebres para realizarle! Institutos, Academias, Liceos, Universidades &c. &c., he aquí una serie de brillantes ensayos con que han pretendido engalanar su opulencia los estados mas cultos de la Europa. Pero ¿qué vemos en estas múltiples escuelas? No una instruccion combinada y universal, sino un lugar de cita para cada sabio de su género, ó si se quiere, una gran sociedad que tiene alojamiento para mil sociedades diversas en su objeto; pero ya se sabe, que el carácter de las localidades ni desnaturaliza ni altera el género de las instituciones.

Si pues el objeto particular de cada establecimiento debe servirnos de basa para discurrir acerca de su importancia relativa así como tambien de su bondad y perfeccion, evidente es, que ni el catálogo de los profesores, ni el número de los ramos, ni el aparato exterior, ni la énfasis de una memoria simétricamente delineada, pueden bastar nunca para formar un juicio verdadero y exacto; porque segun las ideas que llevamos expuestas, y mui en particular aquellas que implícitamente se contienen en la tercera verdad que dejamos asentada, el mejor establecimiento no es el que presenta mayor aparato, sino el que parte de principios mas fijos y seguros; no es el que cultiva mayor número de ciencias, sino el que

relaciona mejor con el carácter de los principios el sistema de los medios; no es el que figura con mas gracia en los archivos, sino el que mejor logra su objeto; no es por último el que gana mas terreno en la boga del tiempo, sino el que mejor contribuye á su fin particular y al fin general que tiene de comun con todos los otros.

¿Seria pues racional calificar desventajosamente un establecimiento por lo que no contiene, sin examinar ántes las relaciones que esto pueda tener con el objeto verdadero de su institucion? ¿cualquiera influencia, cualquiera género de relaciones que se descubran en algun ramo del saber, bastan para hacerle lugar entre los que se cultivan en un colegio eclesiástico? Seria preciso para esto hacer entrar todos los conocimientos humanos en el círculo de sus estudios. El mundo físico, el mundo intelectual y el mundo moral, que abarcan en su vasto conjunto cuanto puede caer bajo la mirada del talento, tienen relaciones tan íntimas, que se invaden, por explicarme así, con tanta reciprocidad como frecuencia sus respectivos dominios, principalmente cuando se consideran bajo ese aspecto de unidad que subordina todos los trabajos intelectuales á la mejora progresiva de los individuos y de las naciones. Por mui extendida que sea la mision de la Iglesia, y á pesar del enlace esencialísimo que con ella deben tener sus propios establecimientos, hai un punto del cual no podria pasarse sin desnaturalizarlo todo, sin alterar la condicion propia de los estudios eclesiásticos, sin debilitar los sentimientos que estas instituciones engendran, y sin menoscabar de antemano las garantías que ofrecen, aun á la misma sociedad civil, el número, los conocimientos y las virtudes de aquellos, que puestos entre el vestíbulo y el templo, con una mano sosiegan el impetu de las

pasiones que se rebelan contra las leyes, y sostienen con la otra el caro depósito de nuestro culto, de nuestras luces celestiales, de nuestras esperanzas eternas, de nuestros sentimientos divinos. ¿Qué se diría de un colegio eclesiástico que mostrase á la juventud los alicientes de un estado que no tiene aquí su escuela, y los atractivos de un estudio risueño que la hiciese retroceder al aspecto augusto, pero severo, de nuestro espiritualismo, de nuestros misterios inaccesibles, de nuestros dogmas sobrenaturales &c. &c.? ¿Se cree por ventura, que el hombre en esta edad versátil cuenta con ese arraigo de convicciones, y esa firmeza de carácter, á cuya posesion llegan tan pocos, aun cuando ya está para precipitarse en un ocaso la luz de la existencia? Vosotros podréis decirlo, señores, los que conocéis por experiencia propia los graves y tiernos cuidados de la paternidad, vosotros podréis decir, si hai una precaucion excesiva en rodear por todas partes á la juventud, á fin de que no se distraiga, seducida con la corriente cristalina que se desliza y las vistosas flores que se marchitan, de esas bellezas de primer orden que se atesoran en la primera edad para saborearse en la madurez.

He aquí, señores, nuestras primeras ideas, aquellas que pertenecen á un orden mas general, que comprehenden todas las instituciones, y que se han hecho valer en el mundo filosófico desde la mas remota antigüedad. Pero estas ideas fueron por mucho tiempo estériles para la sabiduría, y todavía mas estériles para la virtud y para el bien. No lo son ya, y esta es la obra de ese gran principio que la santa Iglesia coloca en el primero de los títulos que anuncian su divinidad, que pone al frente de las muchas y varias instituciones por donde difunde sus luces, propaga su doctrina, distribuye el inmenso depó-

sito de sus gracias, ordena á la felicidad todos los estados de la vida y combina todos los elementos naturales y sobrenaturales en que están esencialmente vinculadas la perfeccion y la dicha de la humanidad; de ese principio que, con encerrarlo y comprenderlo todo así en el orden especulativo como en el sistema de lo práctico, trae consigo todos los caractéres de una perfeccion consumada, y pone á la Iglesia fuera de esa lei de *progreso* á que está esencialmente sujeto cuanto es oscuro en sus principios, incompleto en sus medios y limitado en su poder; de ese principio que vino á regenerar la razon en los instantes mismos en que iba á perecer á manos de la filosofia, revelando el origen, los destinos y las verdaderas condiciones del entendimiento y de la voluntad humana; que salvó la sociedad en los críticos momentos en que sus resortes, laxados ya, la dejaban caer al abismo; que crió los pueblos y los gobiernos dándoles un ser que apenas habia podido columbrar la sábia antigüedad bogando siempre con pena entre la insurreccion y la tiranía, entre la esclavitud y la licencia, entre el despotismo y el desorden; de ese principio que rectificó las ciencias, depuró las letras, ennobleció las artes multiplicó y fecundó todos los preciosos elementos que preparan la opulencia de los Estados, las épocas ilustres y los rápidos progresos del género humano hácia la altura de sus destinos: dirélo de una vez, del *principio católico*, el único, señores, que ha podido hermanar los derechos de la razon con las prerogativas de la autoridad, las persuaciones con las creencias, el orden con la libertad.

La filosofia pagana habia percibido vagamente un fin general, y sorprendió los primeros secretos de la

unidad científica, moral y social; pero jamas determinó, ni era posible tampoco, los caracteres legítimos de este fin. En consecuencia, cada secta le comprendió á su modo, y esto bastó para que, divididas desde el punto de partida, inútil fuese para el mundo antiguo el conocimiento vago de aquella verdad general. Mas el catolicismo determinó con caracteres infalibles el fin universal á que todo debía ser encaminado, y regeneró desde sus primeros elementos la filosofia universal. Antes, lo mismo que ahora, se habia comprendido que no tenia títulos ningunos á la estimacion pública quanto no estuviese colocado en la línea del bien; pero esta línea, que debía tirarse del hombre á la felicidad, fué por muchos siglos una bella abstraccion, ó una caprichosa y multi-forme quimera. El catolicismo inició á la humanidad en el conocimiento de sí propia, fijó inalterablemente los dos puntos, y tiró la línea de progreso y de perfeccion, que debía recorrerse, para que todo contribuyese por su parte á la felicidad comun. Antes, lo mismo que ahora, se habia creido que no era cordura exigir de cada institucion, como un total producto, la felicidad general; pero los unos lo entendieron en el sentido de la inaccion, y estrecharon demasiado el poder del entendimiento; los otros en el sentido del despecho, y engendraron y extendieron el scepticismo; los otros en el sentido de la desigualdad general que hai en todos los hombres y en todas cosas, y dieron los mayores ensanches al orgullo de la ciencia con extraordinarias desventajas para los conocimientos y para el sistema general de las acciones. El catolicismo nos reveló la naturaleza de estas verdades, sin hacer otra cosa que moralizarlas, diciendo á los primeros, que hai algo de infinito en los espacios que recorre la razon, y que

nada estaba hecho miéntras quedaba algo por hacer; á los segundos, que todo lo sabe el entendimiento que cuenta con la fe, y todo lo puede la voluntad que cuenta con la gracia; y á los terceros, que la razon donde se levanta la pretension absurda de deberlo todo á sí misma, podrá ensanchar quanto se quiera el círculo de los caprichos, pero nunca conquistar un solo título al reconocimiento del género humano. Es decir, que el catolicismo dió á conocer la felicidad, estableció los respectivos objetos que á ella conducen, enseñó y fecundó los elementos bastantes para que cada institucion llenase su objeto. Columbrar la unidad en la idea genérica de una verdad fecunda, pudo ser obra de la razon; pero reconocerla en todo, enseñarla, y hacerla efectiva en el sistema general de las ciencias, de los dogmas, de la moral y de la política, debía ser obra de otro principio, y dígase quanto se quiera, lo fué de facto, del *principio católico*.

Las varias reflexiones que acabamos de hacer, como otros tantos antecedentes indispensables para reducir á sus términos precisos la materia que al presente tratamos, nos bastan, señores, para fijar dos ideas capitales que deben servir de fundamento á las que nos hemos formado sobre el sistema de la aplicacion que es conveniente dar en estos colegios al gran principio que en nuestro humilde concepto puede y debe gobernar todas las cosas que se dirigen al bienestar de la especie humana. Primero: el principio católico tiene una universalidad en la idea, como la tiene tambien en la forma: es decir, no solo se refiere á todos los hombres, sino que tambien afecta mas ó ménos directamente, pero siempre de un modo mui sensible, al pensamiento y á la accion humana en sus objetos y combinaciones diversas, y en sus importantes é incalcula-

bles aplicaciones. De ello responden los caracteres distintivos que presenta el mundo moderno, y que á pesar de los esfuerzos que se han hecho principalmente en los últimos siglos por hacerlos desaparecer, se traslucen todavía suficientemente por entre las muchas sombras que han arrojado sobre la sociedad la filosofía incrédula y el indiferentismo político y religioso: de ello responden los códigos mas sabios, las épocas mas florecientes, las instituciones mas ilustres y mas útiles, los anales augustos de la caridad, y tambien los mas bellos timbres de la razon. De ello responde por último ese exámen profundo *del catolicismo en sus relaciones con la civilizacion moderna*, con que el insigne Bálmes, elevándose hasta la altura de los primeros genios del mundo, ha puesto una nueva corona sobre las muchas que ya ciñen la frente de la España.

La segunda es, que siendo el principio tan universal, como se ha dicho, pues que afecta nada ménos que á todas las instituciones, no puede desenvolverse en ningun establecimiento particular en toda su extension; pero desarrollándose en efecto, con toda la exactitud que su naturaleza demanda, comunica, digámoslo así, una universalidad mayor que la que pudiera pretender cualquiera otro principio diferente.

Si pues obsequiamos el principio católico en el colegio de que se trata, pero con la limitacion particular que su objeto pide, y si este seminario, como cualquiera otro establecimiento, debe ser siempre el desenvolvimiento práctico de un principio general, recordemos, señores, que aquel tiene muchos otros subordinados, que ora sean diversos de él, ó bien simples modificaciones suyas, se facilitan para dar el lleno á una idea tan importante, como la de subor-

dinar á la unidad de un principio toda la economía de muchos pormenores.

II.

¿Qué hacer pues para fijar el nuestro con oportunidad y precision? ¿Cómo establecer las basas que han de servir de apoyo á la crítica para calificar un establecimiento literario? Determinar su carácter propio, fijar con exactitud el objeto que se propone, subir al origen y atender al fin de su institucion; pues como ya se ha dicho, seria el colmo de la arrogancia pretender encerrarlo todo en un establecimiento particular.

El colegio que tengo el honor de presidir tiene una particular filiacion que le distingue notablemente de los otros; y como su mismo nombre lo indica, pertenece al número de esos planteles de saber y de virtud, que el santo concilio de Trento mandó establecer en todos los obispados, con el fin de proporcionar dignos ministros á la Iglesia. Es pues un seminario de sacerdotes, una escuela eclesiástica, y con esto está dicho cuál ha de ser su economía, y á donde conviene que se encaminen el pensamiento y la accion de todos sus regentes. La Iglesia, lo mismo que el Estado, tiene sus casas de educacion, porque la Iglesia lo mismo que el Estado ha menester de formar anticipadamente el espíritu y el carácter de aquellos hombres que deben echar sobre sí el gobierno de los fieles y la direccion de los ciudadanos. Pero cada institucion se reviste, digámoslo así, de los caracteres propios de la autoridad que la establece, y en sus principios, en su medio y en su fin, deben enunciar aquellos puntos de contacto y de separacion que entre sí tienen las sociedades respectivas á que pertenecen. Cada una tiene una línea de demarcacion que está obligada á respetar,

bajo la pena de perder su naturaleza, línea que puede tirar cualquiera, con solo indagar el espíritu de cada institución y descubrir el gran principio cuyo práctico desarrollo debe formar el sistema de su economía. Partiendo de estas ideas, fácil es reconocer, que para que un seminario sea lo que su objeto pide, que es el de formar ministros de la Iglesia, necesita un principio que comprenda á todo el hombre y abraze todos los elementos indispensables de su perfeccion; un principio, que sin la universalidad del católico, el cual reúne todos los objetos, todos los estados y todas las instituciones, sea hijo suyo, sea él mismo en una particular aplicacion, y tenga aquella generalidad que demanda el mas alto ministerio que se comprende, ese ministerio colocado entre el poder de Dios y toda la humanidad, el ministerio del Sacerdocio: un principio, por último, que en el orden especulativo comprenda todo el pensamiento, y que en el orden práctico domine toda la accion. Este principio es el que llamamos *teológico*, expresion que podrá no ser enteramente exacta, pero que sí facilita todas las aplicaciones y remueve todos los inconvenientes. No le llamamos *católico* por lo que ya se ha dicho, aunque fácilmente convendremos en que sea el mismo católico en una aplicacion particular: no le llamamos *religioso*, porque llegaríamos á confundirle, en la generalidad de la idea, hasta con el paganismo y con el deísmo: ménos hemos querido llamarle *filosófico*, porque la filosofia verdadera es hija, y no madre de tal principio, y la falsa le excluye totalmente del espíritu de su doctrina.

Mas al oírme partir del *principio teológico* para fundar el sistema general de nuestras ideas en orden á la enseñanza y la educacion pública, algunos poco versados

tal vez en la historia de la filosofia del presente siglo, desprovistos de noticias sobre el número y carácter de las nuevas escuelas que se han organizado en Europa para disputarse el imperio de todas las convicciones, es fácil, que dando á la cuestion que trato un carácter diverso del que tiene, me atribuyan el designio de cerrar este colegio á los jóvenes que no sigan la carrera eclesiástica, de reducir el número de los estudios preparatorios, y de ceñir á la Teología el curso de los estudios mayores. Verdad es que no pretendemos tener en el seminario una escuela universal: ni lo es ni puede serlo: tiene un objeto propio, y esto basta para comprender que debe hallarse circunserito á limites determinados. Colocarle en la línea de la felicidad y comprender en él todo y solo cuanto á su fin pueda referirse, darle aquellos aumentos y aquel ornato científico y social que no sea capaz de alterar sus condiciones esenciales: he aquí señores lo que pensamos sobre este punto, lo que nos propusimos fundar con el desarrollo que dimos á las tres verdades preliminares; pero lo que basta para preparar, así en el orden filosófico como en el orden moral, á la juventud para todas las carreras, profesiones y empleos que pueda seguir, abrazar ú obtener en la sociedad, lo que excede con mucho los términos de vuestros deseos, y lo que coronaria dignamente las esperanzas de la Iglesia y de la patria. No serán es verdad nuestros colegios la escuela del ingeniero, la academia del artista, el anfiteatro del médico ni un instituto enciclopédico; pero sí será la enseñanza del sacerdote, la escuela del jurisconsulto y la educacion de todos los hombres que consideren la moral como la primera condicion y el primer título de lustre, provecho, garantías y ventajas para la sociedad. No señores, si oponemos

una resistencia vigorosa á la introduccion de cualquiera ramo capaz de alterar la condicion propia de nuestros colegios eclesiásticos, de nada nos hallamos tan léjos, como de pretender menoscabar lo que existe, y limitar la influencia favorable y benéfica que estas instituciones pueden ejercer en favor de los pueblos.

La idea de servir igualmente á la Iglesia con dignos ministros y á la sociedad con ciudadanos instruidos, cultos y virtuosos, ha sido en todos tiempos, y es hoy mas principalmente que nunca, una de las necesidades mas imperiosas para la Iglesia.

Por otra parte: el verdadero carácter del principio que profesamos, sus naturales consecuencias, sus aplicaciones universales, léjos de inspirar temores á los que miran nuestros seminarios como los mas fuertes apoyos del bienestar político y civil de los pueblos, deben dilatar sus esperanzas delante de una perspectiva mas inmensa, si así puedo explicarme, pues mal que pese al deísmo y al materialismo, el principio teológico es y será siempre el principio universal, el mas seguro, el mas fecundo, el mas influente y progresivo de todos los principios generadores de la ciencia. Se trata señores de fijar nuestras ideas, para precaver de este modo el indiscreto proselitismo que buscan con ansiosa solicitud las escuelas filosóficas de nuestro siglo; se trata de volver al buen sentido lo que le toca, de restituir á la experiencia con nuestras mas profundas convicciones el violento despojo que le hizo el pasado siglo, y que el presente se resiste aun á devolverle en toda su plenitud.

III.

Mas ¿cuál es la inteligencia de este principio? me diréis.

Este principio preside igualmente al sistema de las ideas y á la marcha de la conducta: es al mismo tiempo especulativo y práctico; bajo el primer aspecto dirige la enseñanza, bajo el segundo gobierna la educacion. En el órden especulativo reúne las verdades reveladas con las verdades naturales, la inteligencia y la fe, la creencia y la persuasion: en el sistema práctico liga tambien constantemente estos dos órdenes, haciendo producir en favor de la felicidad los mejores frutos á la voluntad humana, sostenida por la fuerza divina que Dios comunica en la participacion de los sacramentos y los otros medios espirituales. Es la razon, si queréis, pero la razon ennoblecida y elevada en su glorioso vasallaje á la fe, prodigiosamente fecunda en sus conocimientos, árbitra de recorrer un horizonte mas dilatado, pues que se eleva hasta la region de los misterios y de los dogmas, sin perder uno solo de sus dominios naturales: es la razon viendo, sin tantas sombras como la incredulidad, á la naturaleza, al hombre, á la sociedad, á Dios en fin y sus grandes atributos: es la razon del cristianismo, esto es, la inteligencia con el mayor grado de claridad y la mas grande suma de poder. Sin desatender uno solo de los conocimientos filosóficos y puramente naturales, el principio teológico refiere, como á su objeto y basa, toda la instruccion al conocimiento de los dogmas en el órden especulativo, y todo el sistema de la conducta á las máximas del Evangelio en el órden de la práctica. Este doble proceder, donde mil talentos superficiales ó corrompidos solo han descubierto limitacion en lo especulativo é insuficiencia en lo práctico, debe considerarse á mi juicio, bajo el primero de estos aspectos, como una antorcha clarísima que difunde la luz por todos

los ramos del saber humano, y bajo el segundo, como la egida mas poderosa que la voluntad puede oponer á los embates de las pasiones. Este doble proceder está contenido en el principio teológico; y este principio que por una parte es y debe ser el tema de los seminarios conciliares, y por otra la garantía mas preciosa y competente de la verdadera virtud, dilata los espacios á la inspeccion de la inteligencia, y multiplica los recursos á las nobles miras de la beneficencia y de la humanidad: porque en el orden meramente científico no es mas que la concordia entre la *razon y la fe*, y en el sistema de la conducta viene á ser la marcha segura que debe seguir *la naturaleza protegida por la gracia*.

Ya lo habéis visto, este principio abraza todos los elementos de la ciencia, pues comprende la razon y la fe, todos los recursos del poder, pues encierra la naturaleza y la gracia. ¿Qué, pues, podrémos oponerle? ¿Cuál de las sectas que hoi dividen la inteligencia podrá disputarle sus títulos á la conviccion, al respeto y á la gratitud? Sin embargo, este principio tiene un grave inconveniente para someter al siglo, y es el que no reconoce la omnimoda independencia y pretendida soberanía de la razon; y he aquí el *porqué* de esa lucha obstinada que sostienen las escuelas filosóficas contra las escuelas católicas.

IV.

Entre las muchas escuelas que trabajan hoi por subyugar á la inteligencia humana, pueden distinguirse principalmente tres, así porque ellas son las que tienen mas espectabilidad, como porque en su triple programa vienen á refundirse sustancialmente los principios de las otras. Estas son la escuela *sensualista*, la *ecléctica* y la *teoló-*

gica. Estas escuelas han propagado por el mundo tres doctrinas diferentes, que dividiendo las opiniones en órden á los principios de las ciencias, al método de los estudios, á las reglas de la conducta pública y privada, y aun al mérito relativo de las instituciones políticas, han producido un desavenimiento general, y puesto en duda la importancia de todos los establecimientos consagrados á la direccion literaria y moral de la juventud. Entre estos establecimientos hai unos que no han perdido su antigua filiacion, y que sin ser extraños á los verdaderos progresos de las ciencias, han opuesto de continuo á las innovaciones peligrosas una resistencia noble, negándose con heroica firmeza á transigir con las pretensiones absurdas de esa bastarda filosofia, que bajo formas tan diversas se ha presentado á combatir las creencias católicas, y ha pugnado vigorosamente por desquiciar en lo absoluto los fundamentos de la religion y de la sociedad. Tales son los establecimientos eclesiásticos, es decir, aquellos colegios que fundados por la Iglesia ó servidos por ella en favor de los gobiernos temporales, han hecho brillar el principio teológico en el gran sistema de las ciencias y de la moral. La verdad teológica en el respetable conjunto de sus misterios y de sus dogmas, la verdad filosófica con esa pureza y fecundidad que le comunica la union estrecha del raciocinio con la fe, la verdad política con esa incontrastable firmeza de que será deudora siempre á la inextinguible luz y omnimodo poder de los principios evangélicos, se adunan y ligan de tal suerte por la aplicacion constante del principio teológico en estos establecimientos eclesiásticos, que á pesar de las revoluciones políticas y filosóficas, han triunfado en los mas empeñados encuentros, y puesto á salvo de todos los nau-